
Claudio BERTERO, *Persona e Comunione. La prospettiva di Joseph Ratzinger*, Città del Vaticano: Lateran University Press, 2014, 921 pp., 16,5 x 24, ISBN 978-88-465-0891-1.

El presente libro es en realidad una extensa tesis doctoral en la que se analiza un tema central en la teología de J. Ratzinger. El director de la tesis fue R. Tremblay, discípulo de Ratzinger en Regensburg, y en el tribunal intervinieron dos teólogos importantes en el panorama actual: P. Coda y N. Ciola, cuyas obras están muy presentes a lo largo de todo el estudio.

La tesis estudia a fondo el desarrollo que han tenido en la obra de Ratzinger las intuiciones sobre la noción de persona que expuso ya en algunas obras de sus primeros años, especialmente en la conferencia «Sobre el concepto de persona en teología» y en *Introducción al cristianismo*. Desde el inicio, el teólogo alemán parte de dos puntos. Por una parte, el origen del uso de concepto de persona en la reflexión sobre el misterio de la Trinidad y el misterio de Jesucristo; por otra, la idea de que el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Ambos puntos van íntimamente unidos, pues, para Ratzinger, «el concepto fundamental de la analogía entre Dios y el hombre [es...] el concepto de persona» (*La Iglesia, Israel, las Religiones*, citado en p. 303).

Tras una introducción general, la primera parte del texto expone por extenso la aparición del concepto de persona en la reflexión teológica (parte I), primero atendiendo al misterio de la Trinidad (*una essentia – tres personae*; sec. I, cc. 1-3), y después al misterio de Jesucristo (*una persona – duae naturae*; sec. II, cc. 4-6). Es conocido como, para Ratzinger, la teología no ha aprovechado todas las posibilidades que las formulaciones dogmáticas abrían. En primer lugar, la consideración de Dios como Trinidad pone de manifiesto que la unidad más fuerte no es la del átomo, individual y aislado, sino la de la comunión. Además, introduce en un marco filosófico estático, como es el griego, la posibilidad de una *actualidad pura*, que da a la relación (esto es, a la persona) una densidad y una importancia equiparables a las de la sustancia. En tercer lugar, desde la comprensión del misterio de Jesucristo, la distinción entre persona y naturaleza permite comprender al hombre en su dimensión *existencial* (histórica, libre), superando un sustancialismo estático y atomizador que es insuficiente para dar cuenta del fenómeno humano. De hecho, todo el intento de Ratzinger para comprender la persona humana, que se expone en la segunda parte del libro, se mueve en esta dimensión existencial.

Desde el inicio del volumen se abre paso también la presentación del misterio de Jesucristo partiendo de su oración filial, algo que el teólogo alemán ha propuesto en distintas obras (por ejemplo, *El camino pascual*) y ha recogido en *Jesús de Nazaret* (c. 5). En el texto de Bertero queda en un segundo plano, en cambio, sin estar completamente ausente, la consideración de Cristo desde la teología del siervo, central para comprender la obra de la Redención. En todo caso, a lo largo de toda esta primera parte, el autor hace un notable esfuerzo de sistematización para encerrar en seis capítulos las ideas del teólogo alemán, que se encuentran repartidas en muchos de sus escritos.

La segunda parte del libro (cerca de 600 pp.) se centra en el hombre, en una exposición que se propone mostrar el modo en que Ratzinger ha procurado poner por obra la reflexión sobre el misterio del ser humano. La imagen de Dios en él no se va a buscar ya en su dimensión espiritual, sino en su existencia *relacional*, que Bertero describe como existencia a la vez *comunional* (*imago Trinitatis*) y filial (*imago Filii*). Se va a estudiar, pues, el modo en que la persona humana es imagen de Dios, y las repercusiones que la relatividad de la persona tiene en su naturaleza.

Esta segunda parte se divide a su vez en tres secciones. La primera tiene un carácter *preambular*. Comienza con un sumario de los puntos fundamentales de la propuesta ratzingeriana (cap. 7), que Bertero reduce a cuatro: la analogía *catalogica* (es decir, que parte de Dios para después mirar al hombre); la distinción persona-naturaleza; la *diastasis* fundamental creador-criatura (distinción más importante, para Ratzinger, que la que se hace entre materia y espíritu) y el principio mariano (que descubre en María una antropología cristiana realizada). A continuación (c. 8), el autor describe la *figura fundamental* de las personas divinas, es decir, la descripción que de ellas hace Ratzinger, en términos relacionales, como ser-para (el Padre), ser-de (el Hijo) y ser-con (el Espíritu Santo).

Puestas las bases de la segunda parte, Bertero expone la antropología teológica de Ratzinger en dos pasos. Primero, en lo que denomina una antropología de la persona humana, a la luz de su analogía con las Personas divinas (sec. II); después, en lo que sería una antropología de la naturaleza humana, a la luz de su carácter personal (sec. III). Veámoslo con algo más de detalle.

La antropología de la persona humana desarrolla la *imago Dei* en el hombre desde la perspectiva de su ser personal. Así se pone de manifiesto tanto su dignidad como su vocación a la comunión con Dios, ambas ligadas a su carácter personal. Esta idea aparece en un texto que Ratzinger ha publicado en va-

rias colecciones de artículos. Bertero lo considera su «Manifiesto programático» (cfr. c. 9).

Previamente, una breve e interesante consideración de la *imago Dei* en términos trinitarios y filiales (*Interludium*, pp. 417-436). Punto de partida es una afirmación de aquel «Manifiesto programático»: «el Dios real es, por su esencia, un total “Ser-para” (el Padre), “Ser-desde” (el Hijo) y “Ser-con” (el Espíritu Santo). Ahora bien, el hombre es precisamente imagen y semejanza de Dios porque el “desde”, el “con” y el “para” constituyen la figura antropológica fundamental» (*Fe, Verdad y Tolerancia*, citado en p. 421).

El autor desarrolla en el cap. 10 la «figura antropológica fundamental» propuesta por Ratzinger. Se trata de un capítulo de gran interés, por cuanto logra desarrollar de modo unitario una idea que en las obras del teólogo alemán es constante pero aparece solo de modo disperso. El cap. 11 se centra en las distintas experiencias humanas en que es posible reconocer el carácter filial y *comunional* del ser humano, mientras el 12 está dedicado a las experiencias que abre la incorporación a Cristo por el Bautismo. Así, la dimensión sacramental de la entera existencia se comprende en un marco más amplio, en el que Creación y Redención se entienden en una delicada continuidad. De este modo, es posible comprender la adoración como fin de la existencia humana.

La última sección (cc. 13-16) presenta algunos de los elementos propios de la naturaleza humana, considerados desde la persona que informa esa naturaleza (cfr. p. 290). Para Bertero, el principio teológico de la *diastasis* Creador-criatura «ofrece la posibilidad de mirar al hombre a partir del principio hipotático-personal» (p. 627). Desde esta nueva perspectiva, expone las ideas de Ratzinger sobre cuerpo y espíritu, conciencia, libertad, pecado. En todas ellas, la reflexión se mueve en la dimensión *existencial* de la persona, y en la relatividad en la que existe (especialmente en su relación con Dios), más que en la descripción ontológica de la naturaleza humana como una realidad fija, eterna.

El capítulo dedicado a cuerpo y espíritu (c. 13) recoge de manera admirable lo que Ratzinger había escrito en torno a la Creación y a la Escatología, dando como resultado una propuesta a la vez en línea con la tradición teológica y profundamente renovada. A continuación, la conciencia aparece como memoria del Creador, en un delicado desarrollo de la *imago Filii* en el hombre (c. 14). También la libertad se presenta en una perspectiva finamente relacional, que culmina en la adoración a Dios y en la divinización del hombre (c. 15). Por fin, el capítulo dedicado al pecado parte de la consideración tipológica que hace Ratzinger, con un luminoso acento mariano (c. 16).

Las conclusiones son breves –llamativamente breves teniendo en cuenta el volumen del libro– (pp. 839-851). El autor no quiere repetir lo que ha expuesto ya, sino que se limita a hacer una síntesis de los cuatro pilares –que son también tal vez las cuatro aportaciones fundamentales– de la propuesta de Ratzinger a la reflexión sobre el hombre en Teología.

No cabe duda de que estamos ante una obra importante. El autor hace un notable esfuerzo de sistematización de un tema central en la obra de Ratzinger, y al mismo tiempo nunca expuesto completamente, de modo ordenado y completo, por él mismo. No obstante, la extensión del volumen y el minucioso análisis de los temas y de los textos hace que se produzcan numerosas repeticiones. Esto puede ser fruto de un intento de que cada uno de los capítulos pueda leerse por separado, o bien del carácter deliberadamente antológico del volumen (cfr. p. 332). En este sentido, se agradece el uso de la cursiva para todos los textos ratzingerianos, que facilita al lector la tarea de seguir el ritmo de análisis-glosa, y que hace de esta obra una buena introducción al pensamiento y a la obra del teólogo alemán.

Por otra parte, las repeticiones constituyen también un signo del trabajo que queda por delante. Tal vez después de esta sistematización, con el esfuerzo arquitectónico que supone, sea precisa una obra de síntesis. Síntesis, por una parte, de la propuesta de Ratzinger, que, aunque aparece en las secciones de introducción y conclusión de los distintos apartados, a veces queda diluida entre el abundante material analizado.

Síntesis, en segundo lugar, de la aportación que ha supuesto a la reflexión sobre el hombre el pensamiento cristiano del siglo XX. En este sentido, será preciso completar la labor de Bertero con un estudio de otros autores, filósofos y teólogos, que han recorrido, como Ratzinger, la vía de una reflexión *existencial* sobre el ser humano. La relevancia de Guardini o Balthasar en la reflexión ratzingeriana es indudable. Quizá sería bueno explorar también la relevancia de pensadores como Buber o Levinas. En fin, la distinción entre ser personal y naturaleza podría ser explorada en otras propuestas filosóficas contemporáneas que han partido de intuiciones similares, como la de Leonardo Polo.

El estudio del pensamiento contemporáneo hará posible, por fin, la principal síntesis que queda por hacer: la de la imagen del hombre que la teología católica ha ido desarrollando a lo largo de los siglos, y que los avances más recientes no hacen sino enriquecer. Tal vez sea eso obra de una generación para la que Bertero ha hecho una aportación importante.

Lucas BUCH